enorme que se produciría al estallar un mundo. Shakespeare es la radiación del genio en todos sentidos. *Totus in antithesi,* dice Jonatán Forbes.

III

Uno de los caracteres que distinguen á los genios de los espíritus ordinarios, es que los genios tienen la reflexión doble; así como, según Jerónimo Cardán, el carbunclo difiere del cristal y del vidrio en que aquél tiene doble refracción.

Genio y carbunclo, doble reflexión, doble refracción, el mismo fenómeno en el orden moral y en el orden físico.

El carbunclo, ese diamante de los diamantes, ¿existe? Es una pregunta. La alquimia dice que sí; la química busca. En cuanto al genio, es. Basta leer el primer verso de Esquilo y de Juvenal para encontrar ese carbunclo del cerebro humano.

Ese fenómeno de la doble reflexión eleva en los genios á la más alta potencia lo que los retóricos llaman antítesis, es decir, la facultad soberana de ver las cosas por ambos lados.

No me gusta Ovidio, ese proscrito cobarde que besaba las manos sangrientas, ese adulador en el destierro y desdeñado del tirano; aborrezco el bello ingenio de que está lleno Ovidio; pero no confundo ese bello ingenio con la potente antítesis de Shakespeare.

Así como los espíritus completos lo tienen todo, Shakespeare contiene á Góngora del mismo modo que Miguel Angel contiene al Bernín; y sobre eso hay frases hechas. *Miguel Angel es amanerado, Shakespeare es antitético.* Eso son fórmulas de la escuela, y, no obstante, es la gran cuestión del contraste en el arte visto por el lado estrecho.

Totus in antithesi. Shakespeare está todo él en la antítesis. Ciertamente es poco justo ver á un hombre entero, y á tal hombre en una sola de sus cualidades. Pero, hecha esta reserva, digamos que la frase *totus in antithesi,* que tiene la pretensión de ser una crítica, podría ser simplemente una observación. En efecto, Shakespeare, como todos los poetas verdaderamente grandes, ha merecido el elogio de parecerse á la creación. ¿Qué es la creación? Bien y mal, gozo y duelo, hombre y mujer, rugido y canción, águila y buitre, centella y rayo de luz, abeja y zángano, montaña y valle, amor y odio, anverso y reverso, corrección y deformidad, astro y cochinillo, alto y bajo. La naturaleza es el eterno viceversa. Y esa antítesis, de donde sale la antífrasis, se halla en todas las costumbres del hombre; está en la fábula, está en la historia, está en la filosofía, está en el lenguaje. Si sois las Furias, os llamarán Euménides, las Encantadoras; si matáis á vuestros hermanos, os llamarán Filadelfo; matad á vuestro padre y os llamarán Filopátor; sed un gran general, y dirán que sois un cabo. La antítesis de Shakespeare es la antítesis universal; siempre y en todas partes; es la ubicuidad de la antinomia; la vida y la muerte, el frío y el calor, lo justo y lo injusto, el ángel y el demonio, el cielo y la tierra, la flor y el rayo, la melodía y la armonía, el espíritu y la carne, lo grande y lo pequeño, el Océano y la envidia, la espuma y la baba, el huracán y el silbato, el yo y el no yo, lo objetivo y lo subjetivo, el prodigio y el milagro, el tipo y el monstruo, el alma y la sombra. Es esa sombría disputa flagrante, ese flujo y reflujo sin fin, ese perpetuo sí y no, esa oposición irreducible, ese inmenso antagonismo con que Rembrandt hace su claro-obscuro y Piranesio compone su vértigo.

Antes de separar esa antítesis del arte, empezad por separarla de la naturaleza.

IV

«Es reservado y discreto. Podéis estar tranquilo; no abusa de nada. Sobre todo tiene una cualidad muy rara, es sobrio.»

¿Qué es eso? ¿Una recomendación para un criado? No. Es un elogio para un escritor. Cierta escuela de nuestros días, llamada «seria», ha sostenido este programa poético: Sobriedad. Parece que la cuestión estriba en preservar á la literatura de las indigestiones. En otros tiempos se decía: fecundidad y potencia; hoy se dice: tisana. Henos ya en el esplendoroso jardín de las musas, donde en todas las ramas se desarrollan tumultuosamente esas divinas apariciones del espíritu que los griegos llamaban tropos, por todas partes la imagen idea, por todas partes el pensamiento flor, por todas partes las frutas, las figuras, las manzanas de oro, los colores, los rayos, las estrofas, las maravillas; no toquéis nada, sed discretos. El verdadero poeta no toca nada de ahí. Perteneced á la sociedad de la templanza. Un buen libro de crítica es un tratado de los peligros de la bebida. Si queréis hacer la Ilíada, poneos á dieta. ¡Ah, viejo Rabelais, es inútil que abras mucho los ojos!

El lirismo es embriagador, lo bello marea, lo grande sube á la cabeza, lo ideal produce deslumbramientos; quien sale de ellos ya no sabe lo que hace; cuando habéis caminado sobre los astros, sois capaz hasta de rehusar una subprefectura; no estáis en vuestro cabal juicio; os ofrecerían un sitio en el Senado de Domiciano y no lo querríais; ya no dais al César lo que es del César; habéis llegado á un punto tal de extravío, que ya no saludáis al señor Incitato, cónsul y caballo. Ved á donde llegáis por haber bebido en la mala fuente del empíreo. Os volvéis orgulloso, ambicioso, desinteresado. Además, sed sobrio. Se prohibe frecuentar la taberna de lo sublime.

La libertad es un libertinaje. Limitarse está bien, castrarse es mejor.

Pasad vuestra vida en continencia.

Sobriedad, decencia, respeto á la autoridad, porte irreprochable. No hay poesía si no va muy estirada. Una planicie con las hierbas sin cuidar, un león que no se limpia las uñas, un torrente sin filtrar, el mar enseñando el ombligo, una nube recogiéndose hasta enseñar el Ojo de Tauro (1), son cosas chocantes. En inglés *shocking*. La ola espumea al dar contra el escollo, la catarata vomita en el abismo. Juvenal escupe al tirano. ¡Qué asco!

Preferimos que no alcance á que haya demasiado. Nada de exageraciones. En adelante el rosal vendrá obligado á contar sus rosas. Haremos que en las praderas haya menos margaritas. Ordenaremos á la primavera que se modere. Los nidos son excesivos. Cuidado bosquecillos, menos pajaritos, haced el favor. La vía láctea hará el obsequio de numerar sus estrellas; hay muchas.

Tomad por modelo el cardo serpentario del jardín de plantas que sólo florece cada cincuenta años. Esa es una flor recomendable.

El verdadero crítico de la escuela sobria era aquel jardinero que al preguntarle: ¿Hay ruiseñores en vuestros árboles?, contestaba: *¡Ah! No me habléis; durante todo el mes de mayo, esas malas bestias no dejan de chillar.*

M. Stuard decía al hablar de José María Chénier: «Su estilo tiene el gran mérito de no contener com-

(1) Nombre de una estrella. También se llama Aldebarán.—(*N. del T.*)

paraciones.» En nuestros días hemos visto reproducirse este elogio singular. Esto nos recuerda que un gran profesor de la Restauración, indignado de las comparaciones y de las figuras tan abundantes en los profetas, aplastaba á Isaías, á Daniel y á Jeremías con este profundo apotegma: «Toda la Biblia está en *como*.» Otro profesor, más profesor todavía, decía esta frase, que se ha hecho célebre en la escuela normal: *Hay que arrojar á Juvenal al estercolero romántico*. ¿Cuál era el crimen de Juvenal? El mismo que el de Isaías. Expresar desde luego la idea por la imagen. ¿Volveremos poco á poco, en las regiones doctas, á la metonimia, término de química, y á la opinión de Pradon sobre la metáfora?

Oyendo las reclamaciones y clamores de la escuela doctrinaria, diríase que es la encargada de suministrar á su costa todo el consumo de imágenes y figuras de que pueden hacer uso los poetas, y que se siente arruinada por los derrochadores, como Píndaro, Aristófanes, Ezequiel, Plauto y Cervantes. Esa escuela encierra bajo llave las pasiones, los sentimientos, el corazón humano, la realidad, el ideal, la vida. Mira azorada como los genios lo esconden todo, y dice: ¡Qué glotones! Pero también ella es quien ha inventado este elogio superlativo para los escritores: Es templado.

En todos esos puntos la crítica de sacristía fraterniza con la crítica doctrinaria. La mojigata y la devota se ayudan mutuamente.

Tiende á prevalecer un curioso género pudibundo; nos sonrojamos del modo grosero como se hacen matar los granaderos; para los héroes la retórica tiene hojas de parra llamadas perífrasis; hemos convenido en que la tienda de campaña lleve la voz de la calumnia; los dichos de cuerpo de guardia son calumnias; un veterano baja la vista recordando Waterloo, y se da la cruz de honor á esa vista baja; ciertas palabras que están en la historia no tienen derecho á ello, con el bien entendido, por ejemplo, que el gendarme que disparó un tiro á Robespierre en la casa consistorial se llamaba *La-garde-meurt-et-ne-se-rend-pas* (La guardia muere, pero no se rinde).

Del esfuerzo combinado de esas dos críticas guardadoras de la tranquilidad pública, resulta una saludable reacción. Esa reacción ha producido ya algunos ejemplares de poetas formales, bien educados, prudentes, cuyo estilo se ha recogido siempre temprano, que no celebran orgías con todas esas locas, las ideas, que no se les encuentra nunca en el rincón de bosque, *solus cum sola*, con el ensueño, ese bohemio, que son incapaces de tener relaciones con la imaginación, vagabunda peligrosa, ni con la bacante inspiración, ni con la buscona fantasía, que en su vida han dado un beso á esa desarrapada, la musa, que no trasnochan, y de los cuales, su portero, Nicolás Boileau, está tan contento. Si Polimnia pasa con el cabello un poco descompuesto, ¡qué escándalo!, en seguida llaman al peluquero. M. de La Harpe llega corriendo. Esas dos críticas hermanas, la doctrinaria y la sacristanesca, se encargan de dirigir á los pequeños escritores. Cuidan de su destete. Es el internado de reputaciones jóvenes.

De ahí una consigna, una literatura, un arte. Alinearse, á la derecha. Se trata de salvar á la sociedad, tanto por la literatura, como por la política. Todo el mundo sabe que la poesía es una cosa frívola, insignificante, puerilmente ocupada en buscar consonantes, estéril, vana; por consiguiente, no hay nada tan temible. Importa atar bien á los pensadores. ¡Al nicho! ¡Es muy peligroso! ¿Qué es un poeta? Si se trata de honrarle, nada; si se trata de perseguirle, todo.

La raza que escribe debe ser reprimida. Es útil

recurrir al brazo secular. Los medios varían. Un buen destierro de cuando en cuando, es expeditivo. Los destierros de los escritores empiezan por Esquilo y no acaban en Voltaire. Cada siglo tiene su eslabón en esta cadena. Pero para desterrar, proscribir y hacer emigrar, por lo menos se necesitan pretextos. No puede aplicarse en todos los casos. Es poco manejable; importa tener un arma menos grande para las guerrillas de todos los días. Puede prestar buenos servicios un crítico de Estado debidamente juramentado y acreditado. No es cosa mala organizar la persecución de los escritores. Es ingenioso hacer perseguir á la pluma por la pluma. ¿Por qué no ha de haber agentes de policía literarios?

El buen gusto es una precaución tomada por el buen orden. Los escritores sobrios hacen juego con los electores quietos. La inspiración es sospechosa de libertad; la poesía es un poco extralegal. Hay, pues, un arte oficial, hijo de la crítica oficial.

De esas premisas se deduce toda una retórica especial. La naturaleza sólo tiene una entrada restringida en aquel arte. Pasa por la puerta pequeña. La naturaleza está contaminada por la demagogia. Se suprimen los elementos, como una compañía mala y demasiado ruidosa. El equinoccio rompe vallas; la ráfaga es un ruido nocturno. El otro día, en la Escuela de Bellas Artes, un alumno de pintura hizo levantar por el viento, en medio de una tempestad, los pliegues de un manto; y un profesor local, á quien chocó esto, dijo: *En el estilo clásico no hay viento.*

Además, la reacción no desespera para nada. Caminamos. Algunos progresos parciales se llevan á cabo. Ya se comienza á entrar en la academia mediante boletines de confesión. Julio Janin, Teófilo Gautier, Pablo de Saint-Víctor, Littré, Renán, servíos recitar el Credo.

Pero eso no basta. El mal es profundo. La antigua sociedad católica y la antigua literatura legítima están amenazadas. Las tinieblas están en peligro. ¡Guerra á las nuevas generaciones! ¡Guerra al nuevo espíritu! Se sigue los alcances á la democracia, hija de la filosofía.

Hay que temer los casos de rabia, es decir, las obras de genio. Se renuevan las prescripciones higiénicas. Evidentemente, la vía pública está mal vigilada. Parece que hay poetas errantes. El prefecto de policía, negligente, deja vagar á los espíritus. ¿En qué piensa la autoridad? Vayamos con cuidado. Las inteligencias pueden ser mordidas. Hay peligro. Decididamente aquello se confirma; créese haber encontrado á Shakespeare sin bozal.

Ese Shakespeare sin bozal, es la presente traducción (1).

V

El hombre que menos ha merecido la buena nota: *Es sobrio,* seguramente es William Shakespeare. Shakespeare es uno de los peores sujetos que la estética «seria» ha tenido que regentar.

Shakespeare es la fertilidad, la fuerza, la exuberancia, el seno hinchado, la copa espumosa, la cuba llena hasta el borde, el exceso de savia, la lava en torrentes, los gérmenes en torbellinos, la vasta lluvia de vida, todo por millares, todo por millones, ninguna reticencia, ninguna ligadura, ninguna economía, la prodigalidad insensata y tranquila del creador. A los que palpan el fondo de su propio bolsillo, lo inagotable les parece una demencia. ¿Ha terminado?

(1) *Obras completas de Shakespeare,* traducidas por Francisco Víctor Hugo.

Jamás. Shakespeare es el sembrador de deslumbramientos. A cada palabra la imagen, á cada palabra el contraste, á cada palabra el día y la noche.

Hemos dicho que el poeta es la naturaleza. Sutil, minucioso, fino, microscópico como ella, inmenso. Nada discreto, nada reservado, nada avaro. Simplemente magnífico. Expliquémonos sobre esta palabra simplemente.

La sobriedad en poesía es pobreza, la simplicidad es grandeza. La simplicidad es dar á cada cosa la cantidad de espacio que le conviene, ni más ni menos. Simplicidad es justicia. Toda la ley del gusto está allí. Cada cosa puesta en su sitio y dicha con su palabra. La simplicidad puede ser la más prodigiosa complicación, sea en el estilo, sea en el conjunto, con la condición de que se mantenga cierto equilibrio latente y sea conservada cierta proporción misteriosa. Son los arcanos del gran arte. Solamente la alta crítica, que tiene su punto de partida en el entusiasmo, penetra y comprende esas leyes sabias. La simplicidad puede ser la opulencia, la profusión, la irradiación llameante. El sol es simple.

Ya se ve que aquella simplicidad no se parece en nada á la simplicidad recomendada por Le Batteux, el abate d'Aubignac y el padre Bonhours.

Sea cual fuere la abundancia, sea cual fuere el entrelazamiento, incluso lo revuelto, mezclado é inextricable, todo lo que es verdad es simple.

Esta simplicidad, que es profunda, es la única que conoce el arte.

La simplicidad, siendo verdadera, es cándida. La candidez es la cara de la verdad. Shakespeare es simple dentro de la gran simplicidad. Llega á parecer tonto. Ignora las pequeñeces.

La simplicidad que es impotencia, la simplicidad que es flacura, la simplicidad que es falta de aliento,

es un caso patológico. No tiene nada que ver con la poesía. Le conviene más una entrada para el hospital, que cabalgar sobre el hipógrifo.

Confieso que la joroba de Tersites es simple, pero los pectorales de Hércules también son simples. Prefiero esta simplicidad á la otra.

La simplicidad propia para la poesía puede ser enmarañada como el roble. ¿Por casualidad, el roble os haría el efecto de un bizantino ó de un tipo caballeresco? ¿Sus innumerables antítesis, tronco gigante y hojitas pequeñas, corteza ruda y muérdago aterciopelado, aceptando la luz y proyectando la sombra, con sus ramas para coronar á los héroes y frutos para los cerdos, acaso serán esto marcas de afectación, de corrupción, de sutileza y de mal gusto? ¿Será demasiado ingenioso el roble? ¿Será el roble del palacio de Rambouillet? ¿Será el roble un precioso ridículo? ¿Estará atacado de gongorismo? ¿Será de la decadencia? ¿Toda la simplicidad, *sancta simplicitas*, estará condensada en la col?

Refinamiento, exceso de ingenio, afectación, gongorismo, todo eso han echado en cara á Shakespeare. Se dice que son los defectos de la pequeñez, y se dan prisa en achacarlos al coloso.

Pero también ese Shakespeare no respeta nada, va delante de sí, sofoca al que quiere seguirle, pasa por encima de las conveniencias, derriba á Aristóteles; causa estragos en el jesuitismo, en el metodismo, en el purismo y en el puritanismo; pone á Loyola en desorden y á Wisley le revuelve; es valiente, gallardo, emprendedor, militante, directo. Su escritorio echa humo como un cráter. Siempre está trabajando, funcionando, verboso, dispuesto, en marcha. Tiene la pluma en el puño, la llama en la frente, el diablo en el cuerpo. El caballo padre abusa; hay mulos de paso á quienes desagrada. Ser fecundo es ser agresivo.

Un poeta como Isaías, como Juvenal, como Shakespeare, es verdaderamente exorbitante. ¡Qué diablo! Hay que prestar un poco de atención á los demás; uno solo no tiene derecho á todo; siempre la virilidad, la inspiración en todas partes; tantas metáforas como en la pradera, tantas antítesis como en el roble, tantos contrastes y profundidades como el universo; la generación sin cesar, la aparición, el himeneo, el alumbramiento, el conjunto vasto, el detalle exquisito y robusto, la comunicación viva, la fecundación, la plenitud, la producción, es demasiado; eso viola el derecho de los neutros.

Hará pronto tres siglos que Shakespeare, ese poeta en toda su efervescencia, viene mirado por los críticos sobrios con ese aire descontento que ciertos espectadores privados deben tener en el serrallo.

Shakespeare no tiene ninguna reserva, ni retención, ni frontera, ni laguna. Sólo le falta una falta. Es un manirroto. No ayuna. Rebasa como la vegetación, como la germinación, como la luz, como la llama. Lo que no le impide vengarse de vos, espectador ó lector, de sermonearos, de daros consejos, de ser vuestro amigo, como el buen hombre La Fontaine, y de prestaros pequeños favores. Podéis calentaros las manos en su incendio.

Otelo, Romeo, Yago, Macbeth, Shylock, Ricardo III, Julio César, Oberón, Puck, Ofelia, Desdémona, Julieta, Titania, los hombres, las mujeres, las brujas, las hadas, las almas, Shakespeare está abierto de par en par; tomad, tomad. ¿Queréis más? Aquí tenéis á Ariel, Parolles, Macduff, Próspero, Viola, Miranda, Calibán. ¿Queréis más? Aquí tenéis á Jessica, Cordelia, Cressida, Portia, Brabantio, Polonio, Horatio, Mercurio, Imógenes, Pandaro de Troya, Bottom, Teseo. *Ecce Deus,* es el poeta, se ofrece, ¿quién quiere de mí? Se da, se extiende, se prodiga;

no se vacía. ¿Por qué? No puede. El agotamiento le es imposible. En él no hay fondo. Se llena y se gasta, luego vuelve á empezar. Es el cesto agujereado del genio.

En licencia y audacia de lenguaje, Shakespeare iguala á Rabelais, á quien últimamente un cisne ha tratado de puerco.

Como todos los altos espíritus en plena orgía de omnipotencia, Shakespeare vierte toda la naturaleza, la bebe y os la hace beber. Voltaire le ha reprochado su borrachera y ha hecho bien. ¿Por qué, repetimos, por qué ese Shakespeare tiene un temperamento? No se para, no se cansa, no tiene piedad para los pobres pequeños estómagos candidatos á la Academia. Esta gastritis, que se llama «el buen gusto», no la padece. Es potente. ¡Qué es esa vasta canción inmoderada que canta á través de los siglos, canción de guerra, canción de la bebida, canción de amor, que va del rey Lear á la reina Mab, y de Hamlet á Falstaff, á veces afligida como un sollozo, grande como la Ilíada! *Estoy extenuado de haber leído á Shakespeare,* decía M. Auger.

Su poesía tiene el perfume áspero de la miel hecha vagabundeando por la abeja sin colmena. Aquí la prosa, allá el verso; todas las formas le sirven, como que no son sino vasos cualesquiera para la idea. Esa poesía se lamenta y se burla. El inglés, lengua poco completa, tan pronto le sirve como le perjudica; pero la profunda alma por todas partes penetra y reaparece. El drama de Shakespeare anda con una especie de ritmo trastornado; es tan vasto que se tambalea; tiene y da el vértigo; pero no hay nada tan sólido como esa grandeza movediza. Shakespeare, tiritando, lleva en sí los vientos, los espíritus, los filtros, las vibraciones, los balanceos de los soplos que pasan, la obscura penetración de los efluvios, la gran savia desconocida.

De ahí su inquietud, en el fondo de la cual está la calma. Esa inquietud es la que falta á Goethe, alabado sin razón por su impasibilidad, que es inferioridad. Esa inquietud todos los espíritus de primer orden la tienen. Esa inquietud está en Job, en Esquilo, en Alighieri. Esa inquietud es la humanidad. En la tierra es preciso que lo divino sea humano. Es preciso que se proponga á sí mismo su propio enigma y que se inquiete por él. Como la inspiración es un prodigio, se mezcla con ella un estupor sagrado. Cierta majestad de espíritu se parece á las soledades y se convierte en admiración. Shakespeare, como todos los grandes poetas y como todas las grandes cosas, está lleno de un sueño. Su propia vegetación le aturde; su propia tempestad le espanta. Diríase á veces que Shakespeare da miedo á Shakespeare. Siente el horror de su profundidad. Este es el signo de las supremas inteligencias. Su misma extensión le sacude y le comunica no se sabe qué oscilaciones enormes. No hay genio sin sus olas. Salvaje, borracho, sea. Es salvaje como el bosque virgen; es borracho como la alta mar.

De Shakespeare, únicamente el condor da alguna idea de su anchurosa órbita; se va, llega, vuelve á marchar, sube, baja, se sostiene en los aires, se hunde, se sumerge, se precipita, desaparece abajo, desaparece arriba. Es de esos genios mal domados expresamente por Dios para que feroces y á vuelo tendido lleguen hasta lo infinito.

De cuando en cuando aparece sobre el globo uno de esos espíritus. Su paso, ya lo hemos dicho, renueva el arte, la ciencia, la filosofía ó la sociedad.

Llenan un siglo, luego desaparecen. Entonces ya no es solamente un siglo lo que su claridad ilumina; es la humanidad de un extremo á otro de los tiempos, y se ve que cada uno de esos hombres era el propio espíritu humano contenido enteramente en un

cerebro, y que viene, en un instante dado, á hacer acto de progreso sobre la tierra.

Esos espíritus supremos, una vez la vida acabada y la obra hecha, van á reunirse por la muerte al grupo misterioso, y están probablemente en familia en lo infinito.